

alrededor del cual se amontona la curiosidad de la gente. Un apunte lleno de gracia de una pareja de tordos de nuestra selva que van en viaje a tierras extrañas. Apuntes de feliz y penetrante observación sobre diversas actividades de la vida en el gran país del Norte. Rico de observación, plástico y bello de estilo, este último libro de Domingo acentuaba su vigorosa personalidad.

<https://doi.org/10.29393/At247-13MRDI10013>

MANUEL RODRÍGUEZ

HÚSAR DE LA GLORIA Y DE LA MUERTE

He aquí un libro que respira simpatía por todas sus líneas. Su autor es un joven escritor a quien seguramente le aguarda un gran éxito en la literatura si sigue cultivando con tan felices disposiciones su arte.

Mentiríamos si dijéramos que es ésta una obra perfecta y que su autor ha conseguido de golpe dominar la técnica literaria y todo cuanto es necesario en el arte de la narración. El libro tiene titubeos y a veces suele columbrarse claramente lo que el autor puso de ficticio en la vida del heroico guerrillero. Pero en todo caso es un bello esfuerzo que merece estimularse, pues hay en la pintura del ambiente felices aciertos y un don nada común para darle a los personajes el relieve que necesitan y no inmóviles figuras que se arrastran lánguidamente a través de las páginas de este volumen.

El señor Laso Jarpa, ha conseguido darle a su relato un interés que se acomoda al ambiente y supo aprovechar con gran habilidad todas las anécdotas que se cuentan de Rodríguez, encajándolas con gran acierto en el curso de la azarosa vida de su héroe. Se ve la simpatía con que lo trata. Y su juventud se hermana con la del fogoso Rodríguez cuando este realiza actos que en la pluma de un severo historiador merecerían reprobación.

La vida de los Carrera es también motivo de evocación emotiva y entusiasta. Y ni San Martín, ni el bravo O'Higgins

tienen en su narración palabras de reproche. Con una comprensión efectiva de los duros trances que esos hombres se vieron obligados a enfrentar. El señor Laso los presenta a la consideración del lector sin sombra de esa malquerencia que suele enturbiar otras páginas aún a cientos de años de distancia. Es una historia novelada en la cual nuestro simpático y heroico Coronel de los Húsares de la Muerte cumple su destino aciago. Era uno de esos hombres que habían nacido para vivir sin hacerle lances a su destino. Y gallardamente fué hasta el final como aquellos héroes románticos de una causa perdida pero que no por eso deja de despertar entusiasmos. El entusiasmo generoso de los hombres que dan su vida a un ideal sin esperar compensaciones de ninguna especie.

El autor es también un hombre generoso. Un hombre que llegará a ser un escritor de gran relieve, porque pone todos los dones de su espíritu en el anhelo de conseguirlo.

LAS CARTAS DE LA ALDEA.

Este libro de don Manuel J. Ortiz, ese hombre sencillo y encantador que tuvimos oportunidad de tratar en un corto viaje en el tren donde nos conocimos por casualidad, nos da una sensación de dulzura íntima, de suave ironía, de graciosa displicencia para mirar las cosas de la vida pueblerina con todos sus pequeños problemas.

Los personajes tienen aquí tan vivo y sugestionante relieve que nos hacen sentir casi su presencia material, sus gestos, su cachaza de aldeanos y sus grotescos orgullos de personajes que creen que el mundo es todo lo que se mueve a su alrededor sin que se les ocurra levantar la vista para mirar que el ámbito del mundo, es tan infinito y dilatado como un océano en el cual cada ola no es nada más que un hecho sin ninguna importancia ni consecuencia.